

Cómodo, que estacionó en Cartago una flota destinada á llevar á Roma los trigos de Africa, quiso mudar el nombre de Cartago en el de *Ciudad Comodiana*. Mas esta locura del indigno hijo de un hombre grande fué muy pronto puesta en olvido.

Los dos Gordianos habiendo sido proclamados emperadores en Africa, hicieron á Cartago capital del mundo durante su reinado de un momento; mas á lo que parece, los cartagineses se lo agradecieron poco; porque segun Capitolino se sublevaron contra los Gordianos en favor de Capelio. Zosimo dice además que estos mismos cartagineses reconocieron por señor á Sabiniano, al mismo tiempo que el jóven Gordiano sucedia en Roma á Balbino y á Máximo, y aun cuando creyésemos con Zomaro que Cartago favoreció á los Gordianos, estos emperadores no pudieron tener el tiempo necesario para embellecer mucho aquella ciudad.

Muchas inscripciones que trae el sábio doctor Shaw prueban que Adriano, Aureliano y Septimio Severo elevaron algunos monumentos en diferentes ciudades del Bizancio, y es natural que no se olvidase de la capital de aquella rica provincia.

El tirano Majencio llevó el Africa á fuego y sangre, y triunfó de Cartago, como de la antigua enemiga de Roma. No puede uno pensar sin estremecerse en aquella larga serie de insensatos que casi sin interrupcion gobernaron el mundo desde Tiberio hasta Constantino, y que despues de este último príncipe, fueron á reunirse con los monstruos de la Bizantina. Y no eran los pueblos mejores que los reyes: parecia que entre las naciones y los soberanos existia una espantosa convencion, por la cual éstos se obligaron á atreverse á todo, y aquellos á sufrirlo todo. De consiguiente, lo único que sabemos de los monumentos de

Cartago en los siglos que acabamos de recorrer, está reducido á muy poco. Por los escritos de Tertuliano, de Lactancio y de San Agustin, por los cánones de los concilios de Cartago, y por las *Actas de los mártires*, vemos que habia en aquella ciudad anfiteatros, teatros, baños y pórticos. La ciudad nunca estuvo bien fortificada, porque Gordiano el Viejo no pudo defenderla, y mucho tiempo despues Genserico y Belisario entraron en ella sin dificultad.

Poseo muchas monedas de los reyes vándalos, que prueban que en su tiempo estaban las artes de todo punto perdidas; y en este concepto no es probable que Cartago recibiese ningun embellecimiento de sus nuevos señores, y antes por el contrario, sabemos que Genserico derribó las iglesias y los teatros: todos los monumentos paganos fueron tambien demolidos por orden suya; entre otros se cita el templo de la Memoria y la calle consagrada á la diosa Celeste, que estaba adornada de magníficos edificios.

Cuando Justiniano hubo desalojado de Cartago á los vándalos, hizo construir en ella termas, iglesias y monasterios, como se ve en el libro de los *Edificios* de Procopio. Este historiador habla tambien de una iglesia edificada por los cartagineses á la orilla del mar en honor de San Cipriano.

Lo dicho hasta aquí es todo lo que he podido recoger acerca de los monumentos de una ciudad que ocupa tan distinguido lugar en la historia: pasemos ahora á sus ruinas.

Llegado al puerto de Túnez el buque en que yo partí de Alejandria, fondeamos en frente de las ruinas de Cartago: yo las miraba sin poder adviinar lo que eran: descubrí algunas cabañas de moros, un ermitaño musulman en la punta de un cabo avanzado, y algunas ovejas pasciendo entre unas ruinas, de tan poca consideracion, que apenas se

distinguían del suelo en que se hallaban, y sin embargo...
laquelle era Cartago!

Devictæ Carthaginiæ arcus

Frocubere; jacent infausto littore turres
Eversæ quantum illa metus, quantum illa laborum
¡Urbs dedit insultans Latio et Laurentibus arvis!
Nunc passim, vix reliquias, vix nomina servans,
Obruitur propriis nos agnoscenda ruinis.

“Los muros de Cartago vencida y sus torres arruinadas yacen esparcidos sobre la playa fatal. ¡Qué temor no inspiró esta ciudad á los romanos en otro tiempo! ¡Y qué esfuerzos no tuvimos que hacer cuando ella nos insultaba hasta en el Lacio y en los campos de Laurento! Ahora se descubren apenas sus ruínas, apenas conserva su nombre, y en sus mismos escombros no puede ser reconocida.”

Para caminar por estas ruinas debe seguirse una marcha metódica. Supongo, pues, que el lector parte conmigo del fuerte de la Goleta, el cual, como se sabe y he dicho ya, se halla situado sobre el canal por donde desemboca en el lago de Túnez. Caminando á lo largo de la costa en la dirección de Este-nord-este, á la media hora de camino se encuentran unas salinas que suben hácia el Oeste hasta un fragmento de muro bastante cercano á las grandes cisternas. Pasando por entre las salinas y el mar, se empiezan á descubrir algunos muelles que se estienden bastante por bajo del agua. El mar y los muelles están á la derecha, y á la izquierda, en alturas desiguales, se descubren muchas ruinas, al pié de las cuales se halla un estanque redondo

bastante profundo, que comunicaba en otro tiempo con el mar por un canal, cuyos vestigios todavía se descubren. Este estanque debe ser en mi concepto el Cothon, ó el puerto interior de Cartago; y en este caso los restos de obras inmensas que se descubren dentro del mar, indicarian el muelle interior. Aun me parece que pueden distinguirse algunos machones de la calzada que Escipion hizo construir para cerrar el puerto. He notado tambien un segundo canal interior, que será, si se quiere, la cortadura que hicieron los cartagineses cuando abrieron otro paso á su flota.

Esta opinion se opone directamente á la del doctor Shaw, que coloca el antiguo puerto de Cartago al Norte y al Noroeste de la península, en la marjal inundada, llamada *El-Mersa* ó la Abra. Supone que este puerto fué cegado por los vientos del Nordeste y por el cieno de la Bragada. D'Anville en su *Geografía antigua*, y Belidor en su *Arquitectura hidráulica*, son de la misma opinion, y los viajeros se han sometido á estas grandes autoridades. Ignoro cuál es sobre este punto la opinion del sábio italiano, cuya obra no he podido ver.¹

Confieso que me asusta el tener que impugnar á unos hombres tan eminentes como Shaw y d'Anville. El uno habia visto los lugares que describia, y el otro, si así puedo decirlo, los habia adivinado. Una cosa, sin embargo, me alienta, y es que Mr. Humbert, comandante de ingenieros en el fuerte de la Goleta, persona muy entendida, y que reside hace mucho tiempo en medio de las ruinas de Cartago, desecha absolutamente la hipótesis del sábio inglés. Es cierto que debe desconfiarse mucho de esas pre-

¹ Mas arriba he indicado esta obra. Su opinion me parece semejante á la mia. Véase el prólogo de la tercera edicion.

tendidas mudanzas de lugares, de esos accidentes locales, con cuyo auxilio se allanan las dificultades de un plano que no se entiende. Ignoro, pues, si la Bagrada pudo contener el antiguo puerto de Cartago, como supone el doctor Shaw, ni producir en las costas de Utica todas las revoluciones que indica. La parte elevada del terreno al Norte y Noroeste del istmo de Cartago, ni á lo largo del mar, ni dentro del *El-Mersa*, presenta la menor sinuosidad que pueda dar abrigo á una lancha. Para encontrar el Cothon, admitido el supuesto de Shaw, es preciso recurrir á una especie de agujero que, segun confiesa él mismo, no ocupa cien pértigas cuadradas. En el mar de Sudoeste, por el contrario, se encuentran largos arrecifes y bóvedas que pueden haber sido almacenes ó diques para las galeras; se ven canales abiertos por manos de los hombres, un estanque interior bastante capaz para contener las barcas de los antiguos, y en medio de él una isleta.

La historia viene tambien en mi auxilio. Hallándose Escipion el Africano ocupado en fortificar á Túnez, vió unos bajeles que salian de Cartago para atacar en Utica la flota de los romanos (Tito Livio, libro X); y si el puerto de Cartago hubiese estado al Norte y á la otra parte del istmo, Escipion, que estaba en Túnez, no hubiera podido descubrir las galeras de los cartigeneses, porque en este punto la tierra oculta el golfo de Utica. Pero si se coloca el puerto al Sudoeste, Escipion vió y debió ver las maniobras de los enemigos.

Cuando Escipion el Emiliano se propuso cerrar el puerto exterior, hizo comenzar la calzada en la punta del cabo de Cartago (Apiano), el cual está al Oriente en la misma bahía de Túnez. Añade Apiano que esta punta de tierra estaba cercada del puerto, lo cual es cierto, hallán-

dose el puerto al Sudoeste, y falso si el puerto se encontraba al Noroeste. Una calzada prolongada desde la punta mas larga del istmo de Cartago para cerrar al Noroeste lo que se llama el *El-Mersa*, es un absurdo que no puede suponerse.

En fin, despues de haber tomado Escipion el Cothon, atacó á Byrsa ó la ciudadela (Apiano): el Cothon, pues, estaba mas abajo de la ciudadela, y ésta se hallaba edificada sobre la colina mas alta de Cartago, colina que se ve entre el Oriente y Mediodía. Colocado el Cothon al Noroeste, hubiera estado demasiado lejos de Byrsa, al paso que el estanque que yo indico se halla precisamente al pié de la colina del Sudoeste.

Si me estiendo sobre este punto mas de lo que muchos lectores necesitan, hay otros muchos que miran con el mayor interés los recuerdos de la historia, y que no buscan en una obra sino hechos y conocimientos positivos. ¿No es cosa bien estraña que en una ciudad tan famosa como Cartago tengamos que buscar hasta el sitio que ocupaban sus puertos, y que lo que hizo su principal gloria, sea precisamente lo que mas olvidado se encuentre?

Mas feliz me parece que ha sido Shaw con respecto al puerto mencionado en el primer libro de la Eneida. Algunos sábios han creido que este puerto era una creacion del poeta, y otros han pensado que la intencion de Virgilio habia sido representar el puerto de Itaca ó el de Cartagena, ó la bahía de Nápoles; mas el cantor de Dido era sobrado escrupuloso en la pintura de los sitios para tomarse semejante libertad, y describió con la mayor esactitud un puerto situado á alguna distancia de Cartago. Oigamos al doctor Shaw.

“El *Arvah-Reah*, que es la Aquilaria de los antiguos,

se halla á dos leguas al Este-nord-este de Secdy-Doude, un poco al Sur del promontorio de Mercurio, y allí fue donde desembarcó Curion las tropas que poco despues fueron derrotadas por Saburra. Aquí existen algunos restos de antigüedades; pero no hay ninguno que merezca llamar la atencion. El monte situado entre la orilla del mar y el pueblo, de donde solo dista media milla, se halla á veinte ó treinta piés sobre el nivel del mar; está cortado con mucho arte, y taladrado en algunos puntos para facilitar la entrada del aire en las bóvedas que en él mismo se hallan abiertas, en las cuales se ven aún á determinadas distancias, robustas columnas y arcos para sostener el monte. Estas son las canteras de que habla Strabon, de donde los habitantes de Cartago, de Utica y de otros muchos pueblos vecinos, podian sacar las piedras que necesitasen para la construccion de sus edificios; y como la parte exterior del monte está toda poblada de árboles; como las bóvedas se abren por la parte del mar; como se encuentra una gran roca á cada lado de dicha abertura, en frente de la cual está la isla de Egimuro, y se ven además algunas fuentes que salen de la roca y algunos asientos para descanso de los trabajadores, no puede casi dudarse, al ver que las circunstancias corresponden tan esactamente, que esta es la caverna que Virgilio coloca en el golfo, y cuya descripcion hace en los versos siguientes; si bien algunos comentadores han creido que esto no es mas que una ficcion del poeta:

Est in secessu longo locus: insula portum
 Efficit objectu laterum; quibus omnis ab alto
 Frangitur, inque sinus scindit sese unda reductos.
 Hinc atque hinc vastæ rupes, geminique minantur

In cœlum scopuli, quorum sub vertice late
 Æquora tuta silent: tum sylvis scena corruscis
 Desuper, horrentique atrum nemus imminet umbra.
 Fronte sub adversa, scopulis pendentibus antrum:
 Intus aquæ dulces, vivoque sedilia saxo,
 Nympharum domus, etc.

VIRG, *Æneid.*, lib. I. v. 163—172.

Conocidos ya los puertos, lo que resta nos ocupará poco. Supongo que hemos continuado nuestro camino siguiendo la costa hasta el ángulo de donde nace el promontorio de Cartago, que segun el doctor Shaw, no estuvo nunca comprendido en el recinto de la ciudad. Dejando ahora el mar y torciendo á la izquierda, recorreremos volviendo al Mediodía, las ruinas de la ciudad, dispuestas sobre el anfiteatro de las colinas.

Lo primero que encontramos son las ruinas de un grande edificio, que á lo que parece formaba parte de un palacio y un teatro. Por encima de este edificio, subiendo hacia el Oeste, se llega á las hermosas cisternas, que generalmente se cree son los únicos restos de Cartago: es probable que éstas recibiesen el agua por medio de un acueducto, cuyos restos se descubren en la campiña, y el cual recorria un espacio de cincuenta millas desde las fuentes de Zawan y de Zungar. Mas arriba de éstas habia unos templos; los mayores arcos del acueducto tienen setenta piés de elevacion, y están sostenidos sobre manchones de diez y seis piés cuadrados. Las cisternas son inmensas, y forman una série de bóvedas, que van naciendo unas de otras, y que en toda su longitud están rodeadas por un corredor. Es verdaderamente una obra magnífica.

Para dirigirse desde las cisternas públicas á la colina de Byrsa hay que atravesar un camino muy áspero. Al pie de la colina se encuentra un cementerio y un lugar miserable, que es acaso el *Teuts* de lady Montague.¹ La cumbre del Acropole presenta un terreno llano, sembrado de pequeños pedazos de mármol, que visiblemente es el área de un palacio ó de un templo. Si se le toma por palacio, será el de Dido; si se cree mas verosímil que fuese un templo, deberá reconocerse el de Esculapio. Allí se precipitaron en las llamas dos mujeres, para no sobrevivir la una á su deshonor, y la otra á su patria.

Soleil, dont les regards embrassent l'univers,
 Reine des dieux, témoins de mes affreux revers,
 Triple Hecate, pour qui dans l'horreur des ténébres
 Retentissent les airs des hurlements funébres;
 Pales filles du Styx, vous toux, lugubres dieux,
 Dieux de Didon mourante, écoutez tous mes vœux!
 S'il faut qu'enfin ce monstre; échappant au naufrage,
 Soit poussé dans le port, jeté sur le rivage;
 Si c'est l'arrêt du sort, la volonté des dieux,
 Que du moins assailli d'un peuple audacieux,
 Errant dant les climats ou son destin l'exile,
 Implorant des secours, mendiant un asile,
 Redemandant son fils arraché de ses bras,
 De ses plus cheres amis il pleure le trépas! . . .
 Qu'une honteuse paix suive une guerre affreuse!
 Qu'au moment de regner, une mort malheureuse

¹ Las caballerizas de los elefantes, de que habla lady Montague, son unas cuadras subterráneas que no tienen nada de particular.

L'euleve avant le temps! Qu'il meure sans secours,
 Et que son corps sanglant reste en proie aux vautours!
 Voilà mon dernier vœu! Du courroux qui m'enflamme
 Ainsi le dernier cri s'exhale avec mon ame
 Et toi, mon peuple, et toi, prends son peuple en horreur-
 Didon au lit de mort te légue sa fureur!
 En tribut a ta reine offre un sang qu'elle abhorre!
 C'est ainsi que mon ombre exige qu'on l'honore.
 Sors de ma cendre, sors, prends la flamme et le fer,
 Toi qui dois me venger des enfants de Teucer!
 Que le peuple latin, que les fils de Carthage,
 Opposés par les lieux, le soient plus par leur rage!
 Que de leurs ports jaloux, que de leurs murs rivaux,
 Soldats contre soldats, vaisseaux contre vaisseaux,
 Courent ensanglanter et la mer et la terre!
 Qu'une haine éternelle éternise la guerre!

 A peine elle achevoit, que du glaive cruel
 Ses suivantes out vu partir le coup mortel,
 Out vu sur le bucher la reine defaillante,
 Dans ses sanglantes mains l'épée encor fumante.

Desde lo mas alto de Byrsa se distinguir á un golpe de vista todas las ruinas de Cartago, que son mas numerosas de lo que generalmente se cree: se parecen á las de Esparta, pues ocupan un espacio considerable y no se encuentra en ellas ningun objeto bien conservado. Yo las ví en el mes de Febrero; y las higueras, los olivos y los algarrobos mostraban ya sus primeras hojas; lozanas angélicas y acantos formaban espesuras de verdura entre las ruinas de mármol de todos colores. A lo lejos esparcia yo mis miradas